

Leslie Howard, a pesar de su *Intermezzo* con Ingrid Bergman, será siempre aquel Pimpinela jovial y humorista que tantos jaques daba al rey frigio de la Revolución francesa. No será su retiro la Costa Azul; el Canal de la Mancha será su salida diaria, mientras los franceses le buscan por todas partes, y él, guante en mano, salva marquesas y conquista marquesas. Será un inglés a carta cabal en tipo y en gestos: Ingrid Bergman será un destello de romanticismo, casi de romanticismo a lo Byron.

* * *

Cuando el mundo de Stan Laurel y Oliver Hardy cae en manos de los hermanos Marx, Jardiel Poncela ocupa el sillón de la carcajada que dejara un día Muñoz Seca. En el cine y en el teatro se va a viajar sin levantarse de la cama y cuando *Eloisa está debajo de un almendro*, los Marx pasarán *un día en las carreras*. Se hablará de un arte, de una técnica y de una novedad (?)... Mientras, Heinz Rühman con otra gracia absurda querrá ser en lo alemán algo parecido. Y entonces al humor —un poco agriado, es cierto— se le dirá cosa seria. Un poco más y los pintores harán negra la nieve. Pero Picaso se quedará atrás siempre con las manos hinchadas y sin rehabilitación posible.

AGAM.

Nuevo revelado de una copia

Mi querido amigo: Permíteme que discrepe. Creo que Leslie Howard será, más bien que Pimpinela, Romeo; porque el Ashley de *Lo que el viento se llevó* no llegará, por ahora, a ser conocido del gran público. Y sobre todo, porque Leslie Howard es Hamlet; Romeo es Hamlet enamorado, y Ashley un Hamlet siglo XIX diciendo *To be or not be* en el Sur norteamericano entre una dulce Olivia de Havilland y una ardiente Vivian Leigh.

Mc. H.

Cumbres Borrascosas entre cine y novela

SI se me permite, me atrevo a recordar que un novelista no muy bueno, pero que vió varias novelas suyas en la pantalla, dijo que el cine más que teatro era novela. El resultado es que muchas novelas han ido al cine, como también fueron al teatro otras. Unas para bien, otras para mal; de todo ha habido.

Con *Cumbres Borrascosas* una novela más va a la pantalla y con estos agravantes o atenuantes, según los gustos: *Cumbres Borrascosas* fué una novela escrita en la época romántica, y que aparte de la época es romántica también ella por sí. Pero sobre todo tiene algo que es su mérito, su peligro y su defecto: el personaje principal de *Cumbres Borrascosas* es el paisaje y las pasiones. De un lado las pasiones, de otro el paisaje. Cuando nos sentamos en la butaca y se abre la escena helada de *Cumbres Borrascosas*, un huracán de pasiones, más fuerte que el de la nieve, nos arrastra y nos hace dar bandazos; luego por unos breves instantes, el paisaje nos recoge para que nuestras heridas cicatricen un poco y después vuelvan a abrirsenos cuando de nuevo vuelva a arrastarnos el huracán. El procedimiento es satánicamente refinado, de un refinamiento digno del Heathcliff de la novela, mucho más cínico y terrible que el «larmoyant» Laurence Olivier de la película.

También en la película —pero con un tono más rebajado que en la novela— las pasiones y el paisaje se reparten por partes igual el alma y las acciones de los protagonistas. Laurence Olivier-Heathcliff es cien por cien pasión en la película, que no tiene siquiera aquel bello final de paisaje wordsworthiano de la novela, ante las sepulturas cubiertas de flores, con una locura suave y melancólica brotada del recuerdo de aquella Merle Oberon-Catalina Earnshaw que introduce el paisaje en el alma; como ese remanso de paz que sigue el fragor de la tormenta; como a la tempestad del scherzo de la sexta sinfonía hizo seguir Beethoven aquellas impresiones de alegría al renacer la calma después de la tempestad, que cierran el allegretto.

De los demás personajes de la película, Earnshaw, padre de Catalina, es un paisaje que se extingue y cuya bella muerte se ha escamoteado en la película. Hindley, hermano de Catalina, es un borracho medio resentido —porque el resentido entero es el propio Heathcliff-Olivier—. Eduardo Lintton es, en cambio, puro paisaje; su falta es su falta de pasión; para su esposa, la ardiente e inquieta Catalina, resulta flemático, pero es el único que sabe amar de todos los personajes; de Heathcliff, no se sabe nunca hasta dónde llega el amor y dónde empieza el odio.

El cine nos ha quitado, además, la mitad justa de la novela; la segunda generación con las venganzas refinadísimas y casi inimaginables de Heathcliff; y al final, la bella historia de Harenton, a quien el resentimiento de Heathcliff deja convertido en una bestia virgen de educación, para que la dulce Cati Lintton roture esta tierra virgen y el paisaje arraige en su alma con el último idilio de la novela.

En resumen: Hubiéramos preferido una segunda parte, o estar tres horas en la butaca. Y nada más.

Mc. H.